

M. URGELL Y L. COMELERÁN



PARADOR CATALÁN

Propiedad de la Sra. Viuda de Monter.

UNA CURSI...

Por qué crueldad de la suerte había nacido en viaje la niña de Listrán? Cuando lo supieron las amiguitas todo fueron risas y cuchufletas.

—Pero hija, qué tonta!
—¿Qué imprevisión!
—¿No llevaba la cuenta?
—Por no faltar á las fiestas, exponerse á eso en un tren.
—Claro, como que nunca ha visto nada y es una cursi.



Cuadro de EMILIO SALA.

Ese fué el epitafio de la pobre señora de Listrán, pues la emoción y anormales condiciones de su alumbramiento, la dejaron en un estado de salud que la llevó pronto al otro mundo.

Por casualidad llegó de América á punto de ser madrina una parienta rica y solterona que resolvió darle á la pequeña su vulgarísimo nombre, y á pesar de la repugnancia de los padres, la niña se llamó Ceferina; cosa que acogieron los invitados al bautizo con un solemne: «¿Qué atrocidad! ¡qué cursi!...»

Al cuidado de su padre y tía creció Cefe, como la llamaban, pero á los diez años la pusieron en el colegio donde estaba lo mejor de Madrid.

El 1.º de Octubre, llegaron las educandas de uniforme, más ó menos cariacontecidas por las terminadas vacaciones; en la sala de recreo vieron entrar á la maestra general con una niña de la mano que venía cohibida y llorosa. Llevaba el pelo rizado como el de una negrita y un traje de seda chillón, con medias de seda blanca y altas botas de tafete.

Hubo un momento de silencio; los codos de las mayorcitas se pusieron en contacto y un suavísimo «¿Qué cursi!» recorrió los grupos de las colegialas. Con unas cuantas palabras severas á las niñas y un cariñoso golpecito en la mejilla de la nueva, la dejó la monja extranjera entre sus compañeritas.

—¿Pobre chical...
—¿Cómo te llamas?
—¿Eres española?
—¿Tienes papás?

Dijeron á un tiempo varias voces á la aturdida recién llegada; mientras una *hija de María*, zangolotina y guapa, le decía muy amable:

—Aquí estarás muy contenta... Vaya no llores más; y dinos cómo te llamas.

—Ceferina... Cefe...

Una carcajada general acogió la respuesta.

—¿Ceferina, qué nombre!... igual que el del sacristán.

—¡Já, já, Cefe...! qué diminutivo más feo y más cursi.

La pobre niña se sonrojó y siguió llorando al oír el adjetivo que escuchaba á veces en la calle, cuando su madrina le ponía algún traje de esos estupendos que costaban tan caros; la palabra que no se esperaba en el convento donde las religiosas se ocuparían de su educación algunos años.

Ceferina, que no era torpe y además buena y aplicada, se ganó pronto las voluntades de las maestras, encontrando verdaderas amigas entre las de su edad. Pero á menudo un gran paquete que traía la portera turbaba la calma en que vivían las niñas. En él aparecían las corbatas lisas de reglamento, convertidas en complicados lazos que asustaban á las monjas y eran el hazme reír de las educandas, ó los guantes oscuros de uniforme, metidos entre cabritillas claras con costuras bordadas de colores; y así lo demás que mandaba la cariñosa y adinerada tía para su *vena*, que alguna vez observó como la religiosa que guardaba la clase, mezclaba entre las *aves marías* del rosario que mascullaba, elocuentes «¡Nst! ¡Nst!» como quien dice: ¡lástima de dinero tan malgastado!...

En las vacaciones, las amiguitas de Cefe, que era muy obsequiosa, querían salir con ella, llevarla al teatro; pero al volver á casa oían á sus madres decir poco más ó menos:

—Es mona esa niña y muy dulce. Pero hija, cuando entraron en el palco de al lado las de Fuentes yo estaba volada; porque como son tan burlonas y Ceferina estaba *tan cursi*...

Y el corazón humano que en la infancia es sencillo y generoso, pero no heroico, se encogía en el pecho de las compañeras que seguían... queriéndola mucho; pero... por sus familias la convidaban menos.

Claro que había excepciones entre ellas; la marquesita de Liria que, huérfana de padre tenía una madre elegantísima, y á pesar de su modesta fortuna, resto de un capital espléndido, estaban siempre hechas un figurín. Mucho hizo Blanquita por Cefe; la llevaba á todas partes, y la señorita de Listrán ofrecía á su vez valiosos regalos á la marquesita y su madre, que éstas, por delicado temor á que se ofendiesen, no se atrevían á rehusar, pagándolas con cariño sincero y mil pequeñeces de exquisito gusto que las dos Ceferinas ostentaban con mal disimulado orgullo. No había medio; por más que gastaran las Listrán, nunca resultaban como las de Liria, y cuando estaban juntas la diferencia era más sensible. El mal se hacía crónico, era un estigma, y los siete años de colegio elegante, aunque habían modificado á Ceferina y dirigido en parte sus aficiones, no pudieron quitarle el sello que el mal gusto de su madrina dejaba en todas las cosas.

Al entrar en sociedad sus compañeras la saludaban mucho; más tarde, al ver en paseo el coche y los trajes de la tía, el cordial y sonriente saludo se enfriaba ligeramente y en ocasiones se volvió presuroso y descortés.

Cayó la señorita de Listrán en un círculo muy inferior á su educación y fortuna; pero como el centro de gravedad se impone, doña Ceferina siguió frecuentando, como antes en América, una sociedad más ó menos adinerada pero nunca distinguida. Cefe se defendía del contacto; leía mucho, se refugiaba en su *boudoir* donde estudiaba el piano largas horas; cerraba los ojos á las maneras de sus visitas y, á riesgo de molestar á su tía, vestía con sencillez; pero confundida ante su solícita ternura y por temor á disgustar á su padre que vivía feliz, encerrado entre innumerables coleópteros, quemándose las cejas sobre Cuvier y Buffon, se ponía á menudo cosas absurdas, sombreros complicados, etc.

Con uno de estos la conoció el Vizconde de Luna, muy guapo, muy tronado y teniente de caballería. Preguntó quién era la chica, se hizo presentar, y al olor de su dote la seguía como su sombra. No tardó Ceferina en corresponder á lo que creía verdadero cariño con un amor intenso y

profundo, y aquí empezó el Calvario. Doña Ceferina, instruída del buen punto que era el mozo, no quiso ni oír hablar de él; le prohibió la entrada en su palco, el hablarles en la calle, y así pasaron dos años.

Interesado algo el Vizconde, terco por la oposición y resuelto á conseguir el millón de pesetas, ideó un medio para corresponder con Cefe; inauguró la serie de cartas apasionadas y tristes que ella contestaba con dolorosas y enamoradas misivas.

Bajaba la doncella con la carta hasta el café de la esquina; el Vizconde entregaba la suya; para no perder tiempo, la seña convenida era que Cefe tocase el piano, y como el de Luna no tenía pizca de oído, hubo de resignarse á que fuese siempre la sobada «*Stella Confidente*» único repertorio que el aristócrata poseía.

Doña Ceferina, encantada de salir de Beethoven y Chopin, decía á su sobrina:

—Hijita, gracias á Dios que tocas cosas que se entienden; la *confidente* es preciosa y de noche me hace un efectol...

Poco sabía la señora que era una contraseña; en aquel barrio sólo una cosa así hacía comprehensible la «*estrella*» todas las noches y á la misma hora; pero, ¿cuando había ella analizado nada en su vida, y á qué sacar consecuencias?

Una noche, bajó Petra la fiel criada por el misterioso papelito y oyó como el Vizconde decía á un amigo que le acompañaba:

—No se me escapa la chica.

—¿Quién es?

—Una *cursi*, muy rica; ya te contaré...

Indignada, subió Petra la escalera, cuando temblorosa y sonriente salió Cefe á su encuentro.

—¿Qué tal Petra?

—Como siempre, señorita.

—¿Nada más?

—Señorita... ese hombre... no la quiere á usted.—Y le espetó el breve diálogo que había sorprendido.

A los pies de su doncella cayó Cefe como muerta, muertas también todas sus ilusiones. Extraño malestar la aquejó algún tiempo, el frío trajo tos y calentura, y durante tres meses agonizó la infeliz en una butaca.

Su madrina, afligidísima, cambiaba de médico á menudo; pedía consultas y nuevos remedios. Todo fué inútil...

El último mes, la Marquesita de Liria, con quien habían conservado amistosa correspondencia, llegó á Madrid recién casada; día y noche acompañaba á su pobre amiga, sorprendiendo el vulgar y triste secreto que ocasionaba su muerte, y una cólera sorda atormentó á Blanquita contra el causante de tanto duelo; indiferente y mudo, á pesar de la enfermedad mortal de su víctima.

Afinado el rostro, transparente la tez, febriles los grandes ojos con azulados nimbos, libre de rizos y ridículas galas, Ceferina estaba hermosísima, espiritual y llena de la majestad del sufrimiento.

El marido de Blanquita, que era un parisien muy *comme il faut*, fué un día á verla, y al salir dijo á su mujer:

—«*Elle est jolie ton amie et si distinguee la pauvre petite.*»

¡A buena hora aparecía Cefe distinguida por sus maneras, su educación y bondad nativa!... Si la hubiesen podido ver las compañeras de colegio esquivas, los madrileños todos y el Vizconde en particular...

Una tarde de invierno, Cefe murió en brazos de los que la amaban. Al salir el rector de las Pascualas los tristes ojos se nublaron, la gentil cabeza se dobló exhalando el último suspiro.

Por la calle de Alcalá subía el entierro con un temporal deshecho de agua y nieve; el crudo aire de Febrero cortaba la cara y los asilados de San Bernardino y los niños del Hospicio tiritaban de frío.

Al día siguiente, se hablaba aún del espléndido cortejo; coche blanco y oro, ocho caballos empenachados, lacayos á la Federica, corncas de todas clases y muchos asilados. Pero... Como decían las de Fuentes:

—Con ese frío, ¿quién hace ir á los niños del Hospicio, más que una gente cursi! Porque en los coches, no había *nadie conocido*.

Se llenaba Madrid después del verano; delante del «*New Funeral*» estaba un blasonado carruaje.

La Marquesita de Liria, cogiendo una gran corona de manos del empleado, vió venir hacia ella un oficial de caballería; reconociendo á su lejano pariente el Vizconde de Luna.

—A tus pies, bellísima Blanca.

—¿Cómo va, Carlos?

—No tan bien como tú; y... ¿dónde vas con... eso?—señalando á las flores mortuorias.

—Voy al cementerio á rezar por Ceferina Listrán que murió por tu culpa. No sabes lo que has perdido, porque jera un ángel!

El Vizconde palideció horriblemente y, llevando la mano á su chacó, se alejó despacio, perdiéndose entre la multitud la gallarda y aristocrática figura.

Blanquita quedó pensativa, sin dar la orden al lacayo, cuando su

marido y su madre subieron al coche y juntos se dirigieron á San Isidro.

Al preguntar por la tumba que buscaban, el sepulturero les hizo grandes elogios de su lujo y riqueza; después de andar un poco, les enseñó una verja con un grupo de piedra en medio.

En mármol blanco, muy parecida y sentada al piano estaba Cefe; el pliego de música abierto era la *Stella Confidente*, y con la cabeza echada atrás, en un suspiro entregaba á Dios su alma en forma de paloma.

El mayor estupor se pintó en el semblante de los visitantes. Cuando el Marqués se disponía á decir «*C'est affreux!*» se miraron los tres; en sus ojos aparecía inevitable un espontáneo «¿Qué cursi!» Pero, un gesto



Cuadro de EMILIO SALA.

de Blanquita los detuvo, y cayendo de rodillas apoyada en la fría escultura, la Marquesita de Liria lloró largo tiempo.

No se atrevían á interrumpirla su madre y esposo, cuando ella levantándose depositó allí la corona, y escribió en las cintas blancas con su lápiz de oro y para que ambos lo entendiesen:

«*¡Elle était faite pour le ciel!*»

CONDESA DE CASTELLÁ